

can especial atención al satori, corazón mismo del Zen. Acaban su obra con una plausible —y discutible, ni que decir tiene— visión de las relaciones entre el Zen y Occidente. Su libro, que tiene el mérito de haber sido escrito por autores españoles y manejando una bibliografía accesible, en la que el lector interesado podrá profundizar lo que en esta «Introducción» sólo se esboza, no cede en nada a las buenas vulgarizaciones extranjeras.

Esperemos que éste y otros libros similares contribuyan a un acercamiento al Zen que no sea papanatismo seudomístico, sino fresco viento que oree esta cultura nuestra que apesta a cárcel y a cloroformo. ■ FERNANDO SAVATER.

Los muertos, los monjes, los aparecidos: el humor

¿Dónde colocó Walpole el punto de mira de su pensamiento cuando escribió *El castillo de Otranto* (1)? En otras palabras: ¿cuál era el objetivo de sus pretensiones? Plantearse este tipo de cosas puede y suele resultar bastante ocioso, sobre todo cuando, como es el caso, la ectoplasmática constituye la única vía de contacto con el autor del escrito que nos inquieta.

Al parecer, la novela gótica surgió como resultado de una sensibilidad que aspiraba a la contemplación del paisaje interior del alma desde una perspectiva afecta a los gustos y escenografía de la Baja Edad Media. En este sentido, no le corresponde a Horacio Walpole el haber iniciado la tendencia. Un par de años antes, el obispo Hurd había contribuido a perfilar los rasgos del gothic-look con sus *Cartas sobre la Caballería* y

lo novelesco, y con mayor anterioridad tenemos las novelas de Richardson, que ostentan —como señala Guillermo Carnero en un muy erudito prólogo al *Vathek*, de Beckford of Fonthill— abundantes dosis de exaltación en lo amoroso, catarsis en lo dramático y suntuosidad en lo necrofílico.

De manera que lo mejor que se puede hacer con *El castillo de Otranto* es quedarnos con lo que Walpole nos da y abandonar otro tipo de pretensiones. ¿Y qué es lo que el excéntrico hijo del político sir Robert nos ofrece? Pues una crónica periodística de unos sucesos probablemente estupendos, pero de los que no se cree ni el forro. Y ahí está lo bueno del relato. En mi opinión, Walpole se estaba riendo de un montón de cosas y, entre ellas, de sí mismo. Pero al hacerlo con una gran inteligencia, situaba los puntos sobre las líneas. Frente a los acontecimientos sobrenaturales que jalonan su relato —el caso gigantesco que victima a Conrad, la asimismo gigantesca mano en lo alto de la escalera, el cuadro que se menea y habla con acentos admonitorios, la crispación de los elementos naturales, la caída de la casa de Otranto—, y que son siempre narrados con una cierta, distante distancia, se dibujan en toda su valoración aquellos rasgos verdaderamente gigantes, bien por el lado de la pasión o por el del ridículo. La pasión pecaminosa de Manfred y lo majestuoso de sus ademanes feudales atribula o sobrecoge en mayor medida al espíritu educado que la aparición de cualquier calavera con tocado frailluno. Como atribula la patética sumisión de Hipólita a los designios de su esposo, y nos divierten los equívocos y verdaderas meteduras de pata perpetrados por Fray Jerónimo, quien, aparte de ser el padre del intruso que desencadena los acontecimientos en virtud del aciago destino que rige a los perso-

najes, y de servir de ridículo contrapunto al arrebatado Manfred, resultará ser el único poseedor de la clave que, exorcizando a los hados y dando paso a la justicia, ponga punto final a la tragedia.

Así, pues, nos encontramos ante un libro escrito con un elegante sentido del humor (y no exento de citas shakespearianas como las de: **hay más en una pregunta tan simple como esa de lo que vosotros, personas de rango, podríais concebir, puestas en labios de una mucama**). Con tanto sentido del humor, que los trucos que lo sustentan pasan inadvertidos hasta el momento en que el lector, reaccionando ante el mosaico tremebundo que se le propone, encuentra su verdadero substrato y sonríe. No podría ser de otra manera, la lectura de *El castillo de Otranto* es un grato pasatiempo. ■ E. CH.

De «boom» a «boom»

Presentación del libro de José Donoso «Historia personal del "boom"», editado por Anagrama. El acto va a empezar en la librería barcelonesa Cinc d'Oros, el mismo lugar donde semanas atrás se presentó el «boom» de la novela española «made in Barral». También el mismo oficiante: José María Castellet. El crítico barcelonés acaba de ser multado, doscientas mil pesetas, por haber formado parte de un Jurado para un premio literario en lengua catalana, concedido en el extranjero. Los otros multados son los también críticos barceloneses Joan Triadó, Cirici i Pellicer, Albert Manent, Félix Cucurull y Josep Fauli. Doscientas mil pesetas a cada uno o tres meses de cárcel. Castellet abandona por un momento la margarita del dinero o la cárcel, y se aplica a la tarea de presentador de «booms». De «boom» a «boom» y tira porque



José Donoso.

le toca. Castellet viene apadrinando pleamares y bajamares de las letras hispánicas desde hace ya casi veinte años. Algo tendrá este maduro muchacho para que se le tolere tan largo sacerdocio. Hay que reconocerle maneras y audacia histórica. O, tal vez, todo sea un problema de estatura. Castellet es físicamente el crítico más alto de España, y ello le permite mirar más lejos y ver lo por venir.

En el salón, una auténtica manifestación latinoamericana. Argentinos, chilenos, peruanos, uruguayos, respaldaban la presentación de este balance de cuentas del «boom». A esta inmensidad americana hay que sumar islotes de aborígenes: escritores, editores y superagente literario 098, Carmen Balcells. Hasta se presentó Luis Goytisolo, personaje de cuya existencia muchos dudan.

Luis Goytisolo llegó cuando el acto maduraba, y preguntó:

—¿Dónde está el pájaro?

—¿Qué pájaro? Hay muchos.

—El obsceno pájaro de la noche.

Y tras la pertinente indicación, se fue en busca de Donoso. Goytisolo se había perdido el largo parlamento de Castellet en el que

sintetizó los propósitos del libro de Donoso: básicamente, un testimonio directo de diez años de «boom» literario latinoamericano, un balance claramente espléndido, no sólo para los autores aupados sobre la ola, sino para el prestigio generalizado de las letras latinoamericanas.

Tras el parlamento de Castellet, Donoso no quiso hablar. Dialogó. Eso sí, y mucho; porque el cerco de paisanos continentales y aborígenes adictos no cesaba, y Donoso tenía una sonrisa nada obscena para todos y cada uno. Resultaba en suma, un pájaro encantador.

Barral preguntó una vez más:

—¿Hay nueva novela española?

Una muchacha sueca, al parecer profesora de ballet, revoloteaba perseguida por miradas y presunciones, hasta tropezar con la malla lingüística del historiador Miguel Barceló. Algunas mujeres hablaban de sus cosas: es decir, del *women lib*, Vargas, Llosa y García Márquez formaban con Donoso en la foto fija de los Tres Mosqueteros, que son cuatro (Cortazar se había quedado en París). Alberto Miguéz anunció que se iba a Rabat como corresponsal de «La Vanguardia». En cambio, Terenci Moix

llegaba de los Estados Unidos envuelto en pieles y en ganas de volverse a marchar. Guillermina sonreía a las «guillerminas». Palabras y canapés. A «boom» muerto, «boom» puesto. ■ M. V. M.

Literatura y ciencia-ficción

Dos recientes obras, una teórica (1) y otra de relatos (2), que tienen en común el tema, la ciencia-ficción, vienen a cubrir algunas de las innumerables lagunas que sobre el género padece la bibliografía española. El ensayo de Ignacio Ferreras es, además, el primero que sobre la novela de ciencia-ficción se escribe en España; por otra parte, el libro de Garcé se incluye en una colección —Básica 15— cuya temática y alcance pretenden ser populares y aportar datos para una comprensión dialéctica del mundo actual. Ambas obras, pues, también tienen en común lo insólito de su edición y, en tanto que una puede ser praxis de lo que la otra teoriza, conviene un análisis conjunto.

Tras analizar las mediaciones que en el orden literario, histórico-económico y social corporizan la literatura de ciencia-ficción, Ferreras entra en el difícil capítulo de las definiciones. La novela de ciencia-ficción no se confunde, aunque en la mayoría de los casos los límites sean imprecisos, con la científica, la de terror, la política-ficción, la *space opera*, o aventura espacial, y la novela fantástica. Lo que el autor llama mediaciones socio-históricas y socioeconómicas sirven para aproximar el tema, integrándolo en las circunstancias que permiten su aparición y subsistencia

(1) La novela de ciencia-ficción, J. Ignacio Ferreras. Siglo XXI de España. Ed. Madrid, 1972.

(2) Adam Blake, José Luis Garcé. Castellet. Ed. Madrid, 1972.

(1) El castillo de Otranto, H. Walpole. Tusquets Editor, en la Serie Negra de Ediciones de Bolsillo.